

**D**ESDE la aparición de su primer libro, **Uno y el Universo**, en 1945, resultaría muy difícil acertar el número de reportajes a los que usted accedió a lo largo de esta carrera literaria que ahora cumple 30 años, ¿verdad? Las incontables preguntas que se le formularon no se atuvieron siempre a los temas estrictamente literarios. Lo político, lo social, lo religioso, lo filosófico, apareció, si no en primera línea, intercalado en la indagación periodística. Le propongo, Sábado, aprovechar este encuentro para volver a no pocos de esos "temas de siempre" al comienzo, para terminar luego con lo literario.

—¿Cuáles serían esos "temas de siempre"?

—Por ejemplo, cuéntenos qué hace todos los días, cómo inicia cada jornada.

—¿Le parece que vale la pena?

—Sí, porque ello ayudará a que aparezcan esos temas.

Como le digo, me ha quedado una especie de reflejo condicionado y aunque me acueste a las 3 de la mañana, me levanto al amanecer, desgraciadamente... A veces es tan temprano que ando solo y no quiero despertar a Gladys, nuestra muchacha. Así que me preparo yo mismo un poco de té. Y después me voy al jardín, a hacer algunas cosas. Me gustan los árboles, ese mundo apacible y noble de los vegetales. En los últimos tiempos, quizá porque la experiencia de la vida es tan amarga, me siento cada vez más inclinado a frecuentar los vegetales y los niños, que corresponden un poco a lo que son los pueblos que llamamos salvajes desde esta perspectiva del mundo que llamamos civilizado. Esos chiquilines de 3 ó 4 años representan en la vida del hombre individual un poco lo que esos pueblos primitivos significan en la historia de la humanidad. Un parecido mundo mágico, de mitos, de ceremonias sagradas y secretas, de rituales. Tanto uno como otros han preservado esa magia que las civilizaciones de "avanza-

ernesto sábato:

# "pertenezco a una fauna en extinción que todavía elige la libertad"

Por FERNANDO ALONSO

—Bueno, generalmente me levanto muy temprano. Me ha quedado esa costumbre de campo. Porque yo nací en un pueblo de la campiña. Nos levantábamos un poco al ritmo del sol.

## AQUEL MUNDO MAGICO

—Ese pueblo es Rojas, ¿no?

—Sí, en la provincia de Buenos Aires.

da" han perdido para siempre. Precisamente, una de las constantes de mi obra es este drama de la escisión entre el pensamiento mágico y el pensamiento lógico, entre el arte y la ciencia. Nuestra sociedad, dominada por la ciencia y la tecnología, dispersó, echó y hasta excomulgó las formas fantásticas del pensamiento, que no sólo dan misteriosa belleza a la vida de los niños y salvajes sino también una armonía con el cosmos que nosotros hemos perdido para

siempre. Me he ido un poco de la pregunta, pero es que todo está vinculado con todo. Pero porque en mí ese tema es recurrente.

—Sí, por ejemplo en *Abaddón* las ideas de Carlucho sobre los animales salvajes.

—Efectivamente.

### EL HOMBRE ROBOTIZADO

—Sé que lo vienen a ver muchos chicos. Esos, por ejemplo, que llegaron recién.

—Sí, pero yo hablaba de los más chiquitos, de los que tienen 3 ó 4 años. Los otros, los que van a los últimos grados, ya es distinto, tienen otra vida. Y acá entramos en otro de los grandes problemas que me preocupan: el acondicionamiento del hombre por una cultura masiva, estúpida, medio-crizante. No me estoy refiriendo a la escuela sino, y sobre todo, a la enseñanza que se da a través de la televisión, de la radio, de cierto género de periodismo. Todos ellos juntos han terminado por fabricar un hombre robotizado, que piensa al unísono, casi totalmente deshumanizado. A los diez años ya están malogrados. Mire los maravillosos dibujos que hace un mocoso de 3 años y compárelo con las trivialidades que hace uno de 10, con ese burdo naturalismo, con esa vulgar imitación de la fotografía de los dibujos de historieta y podrá medir el abismo que nuestra civilización ha ido cavando entre el mágico ser humano primigenio y este alienado que sufre la sociedad tecnológica, esta sociedad de consumo. En la última tribu del Mato Grosso o de la Polinesia, donde todavía no hayan penetrado esos sujetos que con el cuento de la civilización vienen a explotar y aniquilar física y espiritualmente a los aborígenes, en esos pueblos aparentemente abandonados de la mano de Dios, verá hermosísimos cacharros. Compare ese arte con la vulgaridad atroz que normalmente produce y consume el hombre masificado. Compare la belleza de una imagen totémica con esos santos fabricados en serie y vendidos en los bazares y advertirá ese abismo que se ha ido abriendo entre las viejas culturas y nosotros. Esas viejas culturas en que los grandes momentos del hombre, su nacimiento y su muerte, su adolescencia y su casamiento son actos sagrados, con rituales no sólo bellos sino profundos, que nos hacen avergonzar de nuestras bárbaras, secularizadas y "científicas" actitudes frente a los mismos momentos. Vaya una sola vez a la Chacarita cuando cremen a alguien y después me cuenta. Verá hasta qué punto el ser humano ha sido profanado por una civilización que nos ha convertido en poco menos que objetos, cosas materiales.

### DEFINICION DE BUENOS AIRES

—Sábado, ¿qué significa Buenos Aires para usted? ¿Cómo podría definirla?

—Ya le dije que nací en un pueblo y que fui lo que se llamaba un payucano al llegar a La Plata a hacer mis estudios secundarios. Un pueblo al que sigo queriendo entrañablemente y al que vuelvo de vez en cuando para mirar. Claro, ya aquello no es el campo de mi niñez. Pero lo mismo me sigue atrayendo, ahora melancólicamente, y allí quiero que me entierren. Pero en el sentido literal de la palabra: en la tierra, no en uno de esos horribles objetos que se llaman bóvedas. Quiero al lugar en que un día vine al mundo, para que mi cuerpo no se pudra en un cajón sino para que se reintegre a la tierra de esos campos, a las plantas o yuyos, a los animales. Quiero

**"Las telenovelas han procreado millones de Madames Bovary de barrio, que ya no serán nunca más felices con sus pequeños y auténticos afectos"**

decir que mi Buenos Aires no es, no puede ser, el de un hombre que haya nacido aquí, porque por un lado, a medida que se acerca la muerte, siento o presiento que aquellos pájaros de mi niñez, aquel olor del trigo y del maíz y de la bosta de los caballos, aquellos terneros y vacas pensativos en los atardeceres apacibles, aquellas lagunas y sudestadas, aquellos pajonales, aquel río que miraba con pavor y fascinación, están cada día más cerca de mi espíritu, me van preparando para ese largo viaje de retorno a la tierra. Pero, por otro lado, he vivido treinta años fundamentales de mi vida aquí, en este suburbio de Buenos Aires. Para bien y para mal aquí he escrito toda mi obra y aquí han ocurrido momentos trascendentales de mi existencia. Pertenezco, pues, en muchos sentidos, a Buenos Aires. Y con esta megápolis uno guarda una relación dual, como la que mantienen los amantes unidos por la pasión y separados por los odios, de manera alternativa y hasta simultánea. Nunca de indiferencia. Esta ciudad no nos deja indiferentes jamás. Querida y detestada por cada uno de nosotros. En particular, eso me sucede a mí porque siempre fui violento en mis sentimientos. Y así la ataco y la defiendo según el lugar donde me encuentre, según las circunstancias. Pero, claro, la ataco sobre todo cuando se aleja de ese ideal en el que siempre soñé: la ciudad a la medida del hombre, no el monstruo deshumanizado que ahora sufrimos.

### NO FUNCIONA LA PIEDAD

—"Al Buenos Aires que se fue" trata este tema.

—Allí vuelvo sobre mis obsesiones de siempre, contra esta sociedad de cemento y de plástico, reseca por el resentimiento y el odio, donde ya no queda casi lugar para el afecto ni para el diálogo entre los hombres que piensan de diferente manera. Y donde la piedad y la compasión ya casi son motivos de mofa. Días atrás he leído una noticia de Mendoza, donde un Comandante Moralista Pío XII secuestró a una pobre pros-

titata, la metieron en un auto, la llevaron a un lugar oculto, la desnudaron, le ataron las manos y las piernas con alambre, le raparon la cabeza, la torturaron bárbaramente, la pintaron con aerosol y luego la llevaron a una calle del centro arrojándola desde su auto. En nombre de Pío XII. Podrían pues, también haber dicho en nombre de Cristo. Qué importa que Cristo acogiera con amor a una prostituta llamada Magdalena. Ahora no funciona la piedad, qué va a funcionar la coherencia doctrinaria. También individuos que se titulan cristianos torturaron y mataron en campos de concentración a millares de judíos indefensos, hasta a santas como Edith Stein o niñas como Ana Frank. Nadie pensó, por lo vis-

la desventurada idea de volver a su patria, fue espantosamente suplicado. ¿Qué me importa luego si esa nación es capaz de producir más acero que antes? También en la Rusia stalinista se llegó a un formidable desarrollo de la industria pesada. Pero si cosas como esas sólo pueden lograrse matando, torturando y mandando a manicomios a grandes escritores y sabios para darles inyecciones que los imbecilicen, debo decir que prefiero la miseria física, que es preferible a esta miseria espiritual. Al fin de cuentas, la miseria física puede preservar grandes valores espirituales, que son los más importantes. Lo probó con heroica resistencia el Vietnam, uno de los pueblos más miserables del mundo, luchando contra la poten-

como de un mal en sí mismo, porque comprendo que, tal como está hecho el hombre, es inevitable. Estoy refiriéndome a la cometida contra la dignidad de los seres humanos, sobre todo de aquellos más desamparados. Por eso también repudio los regímenes totalitarios, vengan de donde vengan y se instauren en nombre de las ideas que sean. Por otra parte, los enemigos terminan por parecerse; si uno de ellos inventa la ametralladora, el otro debe reinventarla o sucumbe. Lo mismo sucede con las armas psicológicas. Y así, una guerra empezada para combatir el hitlerismo, terminó con un acto típicamente hitlerista de parte de los que pretendían combatirlo: la bomba de Hiroshima. Pero estas amargas reflexiones me inducen a pensar que pertenezco a una fauna en extinción, a esa clase de hombres que todavía prefieren el diálogo al insulto, la libertad a la esclavitud, la piedad a la tortura. Con infinita tristeza, cada día más me inclino a creer que nadie escucha, o casi nadie, a esos melancólicos ilusos.

**PELIGROS DE LA DEMAGOGIA**

—Retomando el tema de Buenos Aires, ¿cuál es el pro y cuál el contra del hombre y de la mujer de nuestra ciudad?

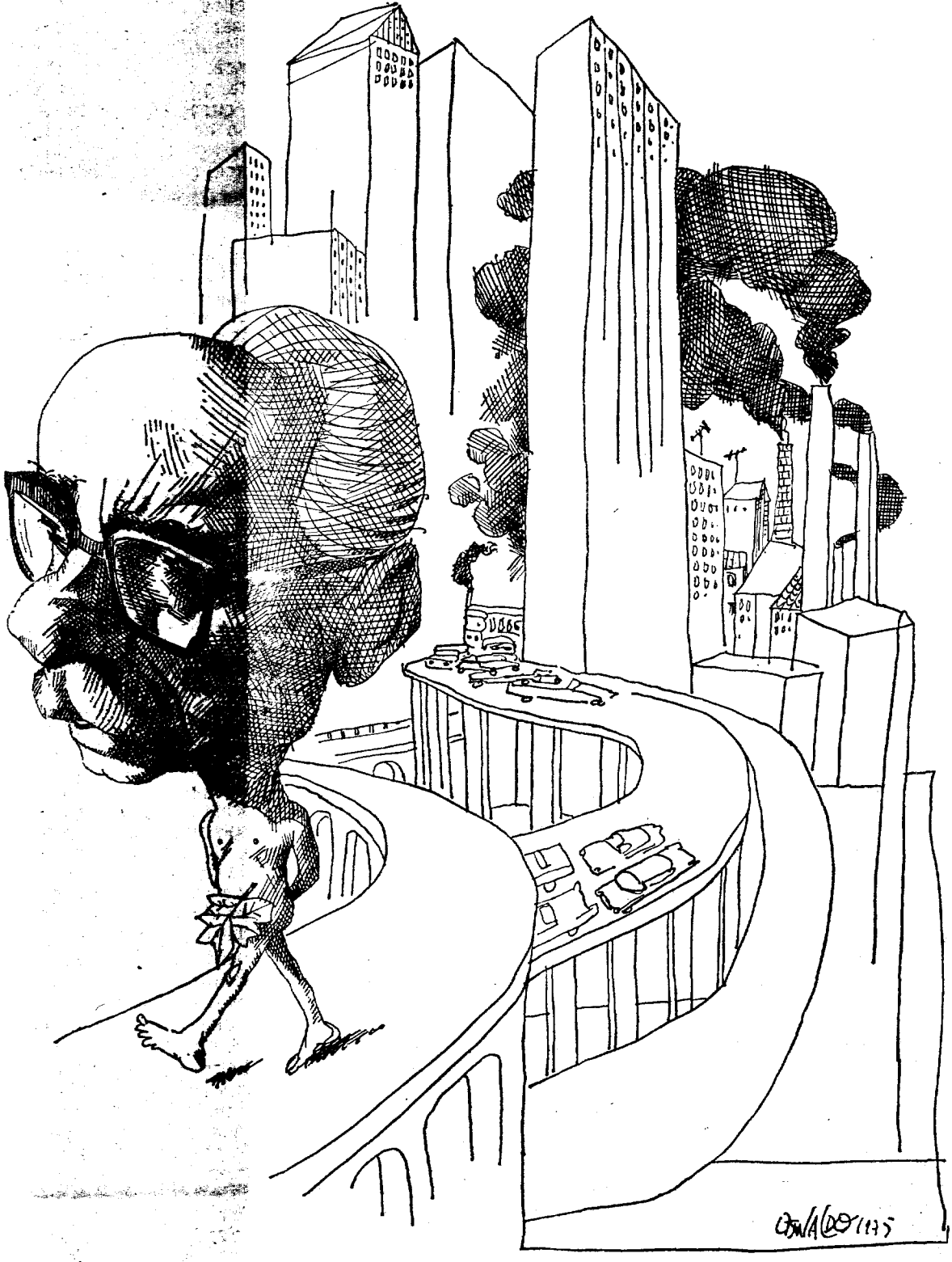
—Es imposible responder en dos palabras a algo tan sutil y complejo. Ya escribí una vez un largo ensayo sobre eso: sobre los defectos y las virtudes del argentino. Para enumerarlos aquí sin respaldo, prefiero no hacerlo. Pero sí le diré que en un momento tan dramático y triste como el que estamos viviendo, sería bueno que hiciéramos todos un profundísimo acto de contrición y dejáramos de una vez de jactarnos de lo que somos. De lo que supuestamente somos. En estas circunstancias, a más de ser una frase innoble para tantos héroes, santos sabios y simplemente buenas personas que no han nacido en nuestro país, eso de que "para un argentino no hay nada mejor que otro argentino" es por añadidura mentiroso y falso por donde se lo mire: ¿cómo puede nadie pensar, sin ir más lejos, que para un argentino es mejor López Rega que Schweitzer? La demagogia es una mala cosa y mucho de lo que estamos sufriendo se lo debemos a ella. Confundir la demagogia con la democracia real es como creer que la prostitución es el amor.

—Mucha gente debe suponer que buena parte de su tiempo usted lo dedica a la lectura de diarios y revistas...

—Mire, Alonso, apenas hojeo el diario en diez minutos. Ahora es distinto, en estos últimos tiempos, porque estoy angustiado con el destino de nuestro país. Pero aun así pienso que debemos tener cuidado con eso de la "novedad". Porque novedades trascendentes, de real importancia para el destino no sólo del país sino del hombre, hay muy pocas, en cualquier época. Creo que es preferible leer libros y, sobre todo, aquellos que han resistido el paso del tiempo: son los que verdaderamente nos ayudan a vivir, a encontrar un sentido de la existencia, a enfrentar con una mezcla de piedad y vergüenza eso que es el hombre en cualquier época: una intrincada mezcla de gusano y de héroe, de criminal y de santo, de basura corrompida y de ansias de absoluto. De cualquier manera, esto no nos debe hacer olvidar el lugar concreto en que vivimos y el tiempo en que lo hacemos: hoy y aquí. Y aunque sabemos por la historia que el hombre siempre ha sido propenso a la basura, ya estamos un poco demasiado hartos de que perduremos tanto en este estercolero. No sé cómo podemos salir adelante, para tomar aire fresco; lo que sé es que ya no damos más, de tanta mentira e hipocresía.

—Ya conocemos opiniones tuyas respecto de la televisión. Hoy quisiéramos que nos hablara del cine, del cine nacional.

—Un momento: quiero decirle antes algo sobre la televisión, porque se piensa que ha propiciado lo que ahora tenemos. Considero que es el instrumento más poderoso y temible para la formación y para la deformación del espíritu. Ya le dije lo que pienso de la deformación que esta sociedad de consumo ejerce sobre todos los seres humanos. Siempre sostuvo que un instrumento tan temible no puede estar en manos de



to, que de haber vivido la madre de Jesús en el ghetto de Varsovia, habría corrido la misma suerte. Sé que mi voz vale muy poco, sé que el mundo de hoy no está para escuchar esta clase de quejas y sé también que los que tienen en sus manos los destinos de los pueblos, y también de la Argentina, consideran estas amargas reflexiones, en el mejor de los casos, como ingenuas reflexiones de un intelectual, cuando lo que importa es el producto bruto nacional. ¿No se elogia, acaso, al Brasil porque lo haya aumentado espectacularmente sobre la base de la despiadada persecución a los que lucharon contra la tiranía? Un joven sociólogo amigo de mi hijo en París, que tuvo

cia materialmente más poderosa de la Tierra y vencióndola. Y, de paso, este ejemplo que pongo muestra que no propongo un pacifismo incondicional, porque sería indigno permanecer impasible en nombre de la no violencia, ante un hombre que castiga ferrozmente a un animal inocente o a un niño. Si un muchacho norteamericano se negaba a ir al Vietnam, para no complicarse con una de las guerras más deshonrosas de la historia, su actitud era elogiada; pero si un muchacho vietnamita desertaba de esa misma lucha, su actitud era repudiable porque tenía el deber de combatir por la libertad y la dignidad de su patria pisoteada. No estoy hablando, pues, de la violencia